

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.  
EL ARBOL DE LA LIBERTAD.

Por Federico Villoch.



**A** HORA que se habla tanto de nuestro Instituto de segunda enseñanza, fabricado no hace mucho—cuando se arriba a cierto número crecido de años, diez, doce o quince años, es como si se hablase de la semana pasada—es oportuno recordar el aspecto que ofrecían aquellos vastos terrenos donde hoy se levantan el citado establecimiento docente; el palacete de la Cruz Roja, el hotel Roma, la Estación de Policía, y acaso alguna otra dependencia que no recuerda el postalista en este momento. Aquello era, puede decirse, un pequeño pueblo dentro de la Habana; y completamente independiente de ella. En las fiestas del primer 20 de Mayo se aprovechó gran parte de estos terrenos para una feria de espectáculos. En la esquina de Zulueta y San José instaló su barraca de encantador de serpientes un «indio salvaje», natural de la Florida o sus alrededores. Después, el distrito autónomo, y casi podía llamarsele independiente, cerró otra vez sus cercas hechas de altas vallas de madera y volvió a sumirse en su vida interior, libre y soberana, sin darle a nadie cuenta de ella.

En tiempo de la Colonia existía en esa propia esquina de Zulueta, detrás de Payret, una bolera muy concurrida por los dependientes y carretoneros de almacenes de «allá abajo»—«Allá Abajo»; otra postal que se escribirá a su tiempo—. Dentro de aquel enorme terreno cercado había grandes barracas con sus gallineros, sus crías de chivos y cerdos y grandes y bien cuidadas huertas donde crecían frescas coles y ampulosas lechugas, riquísimos tomates de ensalada; y donde algunos recogían al año una buena cosecha de sabrosos frijoles negros. Las historias de La Habana consignan que bastantes años atrás, cuando la ciudad no iba mucho más allá de aquellos límites, existían allí unos baños públicos, alimentados por varios manantiales que ofrecían para ello sus aguas limpias y pródigas, y que fueron más adelante cegados.

43

Cuando se han hecho algunas calas el agua oculta ha dado en el acto señal de vida.

Familias había en aquellas barracas que no salieron en muchos años de aquel recinto. Un viejo maestro llamado Don Ignacio, seguramente García López o Fernández, pero con cuyo real apellido no da ahora la memoria del postalista, instaló en una choza—construida con unos viejos tablones y precursora de los barrios de indigentes del día, «Pan con Timba» o «Llega y Pon»—y en un escondido y discreto aparte, su augusto templo de Minerva al que acudía a recibir el pan de la enseñanza la chiquillería del independiente recinto. El encargado de aquello venía siendo algo así como una especie de alcalde. Sin darse cuenta habían constituido un gobierno patriarcal, sin odios, ni preferencias, ni explotaciones. Se amaban y procreaban bajo el cielo libre en que está Dios. Entre las varias industrias que daban vida y trabajo a los moradores de tan feliz y tranquilo lugar, había una alfarería que dirigían unos andorranos, los que seguramente lograron infiltrar en aquel céntrico y a la vez apartado rincón de la ciudad, las dulces y pacíficas costumbres de su feliz y remoto valle natal. Una sierra, dirigida por varios maestros carpinteros vizcaínos, que disponían de grandes demandas de trabajo entre sus afincados compatriotas del comercio. Una agencia de mudanzas que tenía su «trajalante» entre las vallas que hacían frente a las calles de Dragones y de Zulueta. Y también una herrería por la

parte de Monserrate, propiedad de un viejo castellano; cuyo acompasado martilleo sobre el yunque comunicaba al sitio un cierto ambiente de aldea o antigua parada de postas, con el crecido número de cabalgaduras y vehículos que se veía de continuo ante su ancha y roja portada, hecha de mal clavados tablones. Del estado sanitario del lugar no se podría decir que fuese favorable, ciertamente; pero no era en verdad, mejor, por entonces, el del resto de la población; y allí, por lo menos, eran muy contados los casos de defunciones y de enfermedades infecciosas.

En una cuartería de madera y tejas que corría a lo largo de la valla circundante, en la zona correspondiente a las calles de Obrapia y Lamparilla, vivían varias familias que constituían, por su

2

instalación más elegante y cuidada que las otras, como la aristocracia del recinto. Por lo general ocupaban aquellas habitaciones jornaleras de la aguja, humildes esclavas de la máquina Singer de coser, que consumían ante ella su vida, cosiendo por una mísera retribución forros de catre de rusia y pantalones y chamarretas de dril crudo para las Plaza del Vapor y la vieja de San Francisco, situada ésta como saben los «descoloridos» de aquel tiempo, en la manzana que cerraban «allá abajo» las calles de Mercaderes, Muralla y San Ignacio. La brisa nocturna llevaba a veces hasta aquellos tranquilos sitios los ecos de las retretas que daban en el próximo Par-

que Central las bandas de la Marina y de los cuerpos de Artillería y de Ingenieros; pero aquellos ecos no eran bastante a ahogar los animados conciertos de los instrumentistas locales, que recreaban a sus convecinos alternando gaitas y acordeones en la interpretación de melancólicas muñeiras, de soñadoras pravianas y del cadencioso vals *Sobre las Olas*, que desde su aparición en la Habana, allá por el año 90, constituyó una verdadera pesadilla del oído.

El dulce y quejumbroso acordeón era por entonces el instrumento musical favorito—y el único—en casa de los humildes y en las tiendas y establecimientos de campo: el guajirito enamorado se dormía a su son, acompañando el punto cubano que consagraba a su ídolo; el jornalero engañaba sus escaseces tocando el danzón de moda, que le hacía soñar en saraos y fiestas que no le eran asequibles; el acordeón, acompañado de un timbal y un güiro, componía frecuentemente toda la orquesta de los bailecitos de barrio, y, desde luego, de los guateques campesinos. Las grandes orquestas, por medio del radio, ahogaron sus últimos y melancólicos acordes. El acordeón, o la filarmónica, como se le llamaba corrientemente, otra vieja postal descolorida...

Una noche de parranda, un grupo de dependientes del comercio, vascongados en su mayor parte, que acostumbraba celebrar sus noches del sábado y el domingo, después de terminadas las funciones de los teatros Cervantes, Albisu, Payret Tacón e Irijoa, en los cafetines y sitios alegres que abundaban entonces por Obrapia y Monserrate, aquellos dependientes, repetimos, tuvieron la idea de subirse a un trozo de la antigua muralla que aún existía en aquella esquina en la que venían a unirse las dos grandes vallas que cercaban por aquellas calles el lugar que estamos describiendo; y sembrar en él un gran gajo, o rama de árbol, que uno de ellos había arrancado a ocultas de la policía, de uno de los laureles del Parque Central, allí próximo. Como en aquella alta rinconada había tierra en abundancia, el gajo quedó perfectamente sembrado, y, regándolo después copiosamente, lo bautizaron con el nombre de «El Arbol de la Libertad».

Aquel alegre grupo constituyó como una especie de hermandad, y no pasaba un domingo sin que alguno de ellos, o varios, dejaran de subir al alto bastión, agarrándose y trepando sobre los salientes de la muralla, de manera que al cabo de los años ni el árbol de Guernica había echado más profundas y sólidas raíces, ni se había enriquecido con más frondosos ni amplios ramajes... Fué el iniciador de la idea el joven cubano, oriundo de padres vascongados, y educado en Vizcaya, fanático devoto de la Virgen de Begoña, Saturnino Lastra, al que secundaron, entre otros, los jóvenes dependientes, eúskaros también, Pepe Gofí, Pablo Orella, Hilario Mujica, Ascencio Ezeizabarrena, y Ruperto Arana, futuro padre este último del abogado del mismo nombre y apellido que hoy ocupa un prominente lugar en nuestro foro habanero. Cuando se dió el Grito de Baire el 24 de Febrero de 1895, uno de los primeros en acudir a su puesto fué Saturnino Lastra, volviendo a La Habana cuando entró en ella Máximo Gómez con sus libertadores, a principios del 99... El que se quedó allá fué Pancho Varona Murias, que se había ido junto con Saturnino.

Aún permanecía fragante y firme sobre el bastión que se mantenía en la esquina de Monserrate y Obrapia el «Arbol de la Libertad» que una noche había plantado allí con sus amigos; y que éstos, fieles a su juramento—sin tener en cuenta su distinto criterio político—habían cuidado y regado solícitos, en aquellos cuatro años de ausencia.

Durante los primeros gobiernos de la República, Saturnino ocupó varios puestos de importancia, entre ellos, el de Cónsul general en Barcelona, administrador de la Aduana de la Habana, y otros; hasta que un día circuló la triste noticia, inesperada, de su muerte. Una mala enfermedad, según se dijo, había puesto en su mano la pistola del suicida. En su entierro figuraron muchos notables libertadores, mezclados con escogidos miembros de la Colonia vasca, los que lucían entre los yareyes a la mambisa, los distintos y característicos colores de sus boinas, representativos de sus cuatro provincias: el blanco, Alava; el rojo, Bilbao; el azul, Guipúzcoa; y el morado, Pamplona.

Y también el «Arbol de la Libertad» vino abajo, cuando el progreso y las nuevas cosas metieron allí sus afiladas hachas y sus arrolladores cilindros, desapareciendo aquella pintoresca rinconada de la vieja Habana. Todavía intentó de



3

fenderse en el cuartón al lado del hotel Roma un teatro al aire libre, que cambiaba de empresa y de espectáculo cada quince días; pero el público de entonces, que no estaba como el de ahora acostumbrado «a no usar sombrero», al primer catarro que pescó con el «coco» al aire, le volvió la espalda, y el teatro tuvo que bajar ya para siempre su telón de boca.

En la esquina de Monserrate y Teniente Rey aún subsiste, en estos mismos terrenos, un trozo de las antiguas murallas que en parte los circundara, levantándose entre sus vetustas piedras un árbol cuya precaria vida contrasta con la de aquel otro, fértil y robusto, que un tiempo se meciera en la opuesta esquina de Obrapia: El Arbol de la Libertad.

Conservemos éste, al menos, como un remedo de aquel.

*Am  
Juan* 5/38



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA